

CAPÍTULO 10.

¿TIENE SEXO LA SOCIOLOGÍA?

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA CATEGORÍA GÉNERO.³

Luz Gabriela Arango

Resumen

El artículo aborda tres posibles problemáticas que permiten articular género, sexo y sociología. La primera se refiere a la división sexual del trabajo sociológico y al carácter masculino o femenino de la disciplina, tomando como asunto, para la discusión, la construcción histórica de un canon masculino y el caso de Marianne Weber como socióloga fundadora excluida del mismo. La segunda plantea la pregunta por el estatuto de las categorías “sexo” y “género” en las teorías sociológicas. Para abordarlo presenta algunos desarrollos teóricos adelantados por la escuela feminista materialista francesa a partir de categorías centrales de la sociología. Finalmente, se relaciona el sexo o la posición en el sistema de género del “sujeto objetivante” con las condiciones de validez del conocimiento, tema que se aborda desde la óptica del conocimiento situado y el pensamiento feminista negro.

9 Tomado de: Arango, Luz Gabriela. (2005). ¿Tiene sexo la sociología?. Consideraciones en torno a la categoría género. En: Revista Sociedad y Economía, núm. 8, abril, 2005, pp. 1-24. Cali, Colombia: Universidad del Valle. Agradecimiento especial a Juan Esteban Monsalve, por la preparación de este material.

Abstract

The paper deals with three potential points of discussion that allow to articulate gender, sex and sociology. The first one concerns the sexual division of sociological work and the masculine or feminine character of the discipline; using as a starting point the historical constitution of a masculine canon and the story of Marianne Weber, a founder sociologist who was excluded from the canon. The second one asks the question of the predicament of the categories “sex” and “gender” within the sociological theories. For handling it some of the theoretical advancements of the French feminist/materialist school are presented, as seen through some of the central categories of sociology. Finally, the sex and the position within the gender system of the “objectifying subject” is related with the conditions of the validity of knowledge, an issue that is seen through the optics of situated knowledge and feminist black thought.

Palabras Clave: Sociología, Género, Sexo, División Sexual del Trabajo.

Presentación⁴

Mediante el título de esta conferencia buscaba, además de atraer o provocar, adelantar una reflexión, necesariamente incompleta, en torno a algunos de los problemas que relacionan la sociología y el sexo. He construido el texto en torno a tres grandes conjuntos de preocupaciones presentes en la ya no tan corta historia de crítica feminista a las ciencias sociales y de formulaciones teóricas para analizar las relaciones sociales entre los sexos. El primero de ellos se pregunta si la sociología como disciplina hace distinciones de sexo entre quienes la practican, si se organiza internamente según jerarquías que distinguen a los sexos, si podemos caracterizarla como una ciencia masculina, femenina o neutra. En esta ocasión, abordaré solamente una de las dimensiones posibles en este conjunto de preguntas: la construcción histórica de un canon masculino de la disciplina y presentaré a Marianne Weber como ejemplo de socióloga fundadora excluida de dicho canon.

Un segundo conjunto de preguntas se refiere al estatuto teórico que tiene el “sexo” en la sociología: ¿Es una variable, una categoría de análisis, una noción

4 Conferencia inaugural en la VIII promoción de la Maestría de Sociología de la Universidad del Valle, marzo 18 de 2005.

de sentido común, un dato biológico? ¿Cómo se relaciona con la categoría género y qué estatuto tiene en las teorías sociológicas? Para abordar estas preguntas, me referiré a la escuela feminista materialista francesa y en particular a dos de sus autoras más destacadas, Christine Delphy y Colette Guillaumin para mostrar cómo producen alternativas teóricas que se inspiran y cuestionan a la vez, teorías sociológicas centrales. Ampliaré esta presentación identificando algunas de las tensiones entre esta escuela francesa y autoras anglosajonas. Finalmente, podemos, igualmente, preguntarnos si las condiciones de validez científica de la sociología consideran el sexo o la posición en el orden de género como una característica de las y los sociólogos que incide en su objetividad. En este punto, me referiré a la propuesta de “objetividad fuerte” planteada por Sandra Harding, la cual se ubica dentro de las corrientes epistemológicas que defienden el carácter socialmente situado del conocimiento y definen a partir de allí nuevos criterios de validez. Presentaré igualmente el caso del pensamiento feminista negro como ejemplo de conocimiento situado capaz de interpelar las categorías centrales de las ciencias sociales y de las teorías feministas.

Con ello pretendo, fundamentalmente, proponer una manera de abordar una problemática muy compleja y significativa para las ciencias sociales y adelantar un trabajo personal de sistematización de inquietudes, propósitos y deseos surgidos a lo largo de mi experiencia en el campo de la sociología y en el desarrollo de los estudios de género en el país, y en particular dentro de la Universidad Nacional de Colombia. Agradezco a Fernando Urrea y a los colegas de la Maestría de Sociología de la Universidad del Valle, la oportunidad de someter a la discusión esta reflexión.

1. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE UN CANON MASCULINO

1.1. Política de género y política de conocimiento

Por diversas razones, las sociólogas feministas norteamericanas han tenido el interés y la posibilidad de adelantar un proyecto consistente de crítica feminista de las ciencias sociales. Desde la década del 70 emprendieron la tarea de rescatar el papel de las mujeres en la historia de la disciplina, tanto en sus primeros desarrollos como en las innovaciones teóricas y metodológicas posteriores, poniendo en evidencia los dispositivos de poder masculino en las universidades y las luchas de las académicas por sortearlos. Entre muchos

otros⁵, resulta revelador el trabajo de Patricia Madoo Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley (1998), quienes rescatan las biografías y contribuciones científicas de quince sociólogas fundadoras, activas entre 1830 y 1930 y excluidas de la construcción masculina de la historia de la disciplina. Entre las autoras rescatadas del olvido, incluyen pensadoras inglesas como Harriet Martineau y Beatrice Potter Webb, la alemana Marianne Weber, sociólogas de la Escuela de Chicago como Florence Kelley, Edith Abbot y pensadoras afroamericanas como Anna Julia Cooper.

En su introducción, las autoras aclaran que estas mujeres no fueron “invisibles” sino literalmente “borradas” (*writtenout*) de la historia. Mientras la invisibilidad sugiere que no fueron percibidas y que su presencia no fue considerada significativa, el haber sido borradas de la historia indica que alguna vez fueron percibidas como parte de una comunidad académica, pero posteriormente fueron eliminadas de sus registros. Este es el caso de las quince sociólogas seleccionadas. Todas ellas fueron figuras públicas reconocidas en su época en ámbitos que superaban los límites de la disciplina que contribuyeron a crear. Su trabajo fue relevante para las ciencias sociales; produjeron teoría social y practicaron la sociología en los mismos tiempos y espacios que los varones fundadores. Todas actuaron como parte de una comunidad sociológica en la medida en que llenaron, al menos, uno de los siguientes requisitos: ser miembro de una asociación nacional de sociología, publicar desde enfoques explícitamente relacionados con principios sociológicos, autoidentificarse como sociólogas y ser reconocidas como tales por sus contemporáneos. Estas mujeres sabían que hacían parte de un movimiento más amplio que buscaba crear una ciencia de la sociedad y tenían su propio sentido de lo que esa ciencia debía ser. Para la mayoría de ellas, se trataba de un proyecto de crítica social en el cual la investigación y la teoría debían concentrarse en la descripción, el análisis y la superación de la injusticia social.

A pesar de su trabajo en la sociología y la teoría social y de su visibilidad para sus contemporáneos, estas fundadoras desaparecieron como presencia significativa de la historia de la sociología. Algunas sobrevivieron en posi-

5 Existen numerosos trabajos especialmente, en el campo de la crítica feminista a la sociología de las ciencias. En relación con la experiencia académica de las sociólogas feministas en décadas recientes menciono dos libros: el de Barbara Laslett y Barrie Thorne (editors), *Feminist Sociology. Life histories of a movement*, Rutgers University Press, USA, 1997; y el de Ann Goetting y Sarah Fenstermaker (editors), *Individual Voices, Collective Visions: Fifty Years of Women in Sociology*, Temple University Press, Philadelphia, 1995 Dorothy Smith, *The Everyday World as problematic: A Feminist Sociology of Knowledge*. Boston: Northeastern University Press, 1987.

ciones marginales: Harriett Martineau, es recordada como traductora de Comte, Marianne Weber como biógrafa de su esposo y las sociólogas de la Escuela de Chicago como trabajadoras sociales y reformadoras. Su exclusión de la historia de la disciplina puede ser entendida como resultado de una serie de procesos de poder que incluyen la atribución o negación de autoridad. Lengermann y Niebrugge-Brantley argumentan que este proceso se explica por una particular articulación entre la “política de género” y la “política de conocimiento” que se va imponiendo en la disciplina, específicamente en la academia norteamericana dominante. En relación con la política de género, las autoras afirman que la exclusión de las fundadoras se explica básicamente por la débil autoridad de las mujeres en una cultura masculina. Para ello, se apoyan en la teoría fenomenológica de Alfred Schutz (1967, 1973), según la cual la capacidad de conocer a otra persona se adquiere en una situación de relación cara a cara en la cual una conciencia reconoce al otro como humano. Las fundadoras fueron conscientes de cómo eran percibidas en la relación cara a cara. Martineau, por ejemplo, escribía en su introducción a *Society in America: (1836/37)* “Se me ha mencionado frecuentemente que ser una mujer era una desventaja para hacer investigación social”. Si bien tuvieron presencias individuales fuertes, fueron percibidas por sus asociados varones a través del velo del privilegio masculino, como mujeres con menos autoridad que ellos.

Siguiendo a Schutz, cuando ya no están presentes físicamente, los individuos permanecen en la conciencia de los otros a través de construcciones mentales o tipificaciones y se convierten en “predecesores”. Con el tiempo, el predecesor es recordado cada vez más a través de artefactos –cosas que la persona hizo o escribió, cosas que otros hicieron o escribieron sobre ella-. En una profesión académica como la sociología, los artefactos decisivos para tipificar a los predecesores son sus escritos, que se vuelven parte del canon. Los de las mujeres no fueron incluidos por los hombres que dominaban la disciplina.

“Una de las maneras en la que una disciplina o profesión socializa a sus nuevos miembros es contando su historia como balance de sus textos, descubrimientos, pensadores e ideas autorizados – el “canon” de la disciplina. La historia que los sociólogos se cuentan a sí mismos importa porque reafirma ante el narrador y la audiencia un sentido de identidad: quiénes son los sociólogos, qué hacen los sociólogos; qué aspectos de la vida social examinan los sociólogos. (Maurice Halbwachs, 1992: *OnCollectiveMemory*, citado por Lengermann y Niebrugge-Brantley 1998:2⁶).

6 Todas las citas son traducciones libres de Luz Gabriela Arango.

En la eliminación de las mujeres de la historia de la disciplina no solamente operó la “política de género” sino también la “política de conocimiento” que se vuelve hegemónica en la academia norteamericana. La marginación de las mujeres fundadoras producida por la política de género es acelerada por el desenlace que tiene el debate sobre los propósitos de la sociología y el papel social del sociólogo. Este debate había enfrentado dos posiciones opuestas descritas la una en términos de “objetividad” y la otra de “compromiso”. Durante el período comprendido entre 1890 y 1947, las élites sociológicas académicas llegan al consenso de que el papel apropiado para el sociólogo era el compromiso intelectual con el rigor científico, la neutralidad valorativa y la abstracción formal. Este consenso deslegitimaba el trabajo de las mujeres fundadoras y de muchos hombres que practicaron una posición alternativa en defensa de una sociología comprometida, crítica y activista. Las autoras documentan este proceso revisando artículos publicados en el *American Journal of Sociology* y en otras publicaciones similares aparecidas entre 1895 y 1947, en Estados Unidos. Muestran cómo, entre 1890 y 1940, ninguna mujer obtuvo cargos directivos en los departamentos de sociología ni en la *American Sociological Society* y los artículos escritos por mujeres aceptados en las revistas más prestigiosas como el *American Journal of Sociology* y la *American Sociological Review* representaron menos del 10% de todos los artículos publicados. La tendencia hacia el cientificismo en las ciencias sociales académicas fue temporalmente frenada en períodos reformistas de la sociedad mayor. Así, entre 1890 y 1915, las luchas sociales de trabajadores, grupos inmigrantes, afroamericanos, segmentos educados de la clase media y la primera ola del movimiento feminista, favorecieron la producción sociológica de las mujeres. Algo semejante ocurrió en las décadas de 1960 y 1970, con el impacto de las luchas por los derechos civiles de los negros, el movimiento contra la guerra de Vietnam y la segunda ola feminista. Pero la tendencia dominante hacia el cientificismo en la sociología académica fue estimulada por una orientación conservadora general de la sociedad y la política norteamericanas. Hacia mediados de los años 30, la narrativa de la sociología sobre sí misma sufrió una reescritura que marginó a muchos pensadores varones y a las mujeres fundadoras. Esta reelaboración de la memoria intelectual de la disciplina legitimó la combinación de la teoría estructural-funcionalista y la investigación en grandes encuestas desarrolladas por Parsons en Harvard, Merton y Lazarsfeld en Columbia, combinación que ofrecía una teoría y una metodología formales, universalizadas y valorativamente neutras: “la tríada capitolina” de la que habla Bourdieu (2001).

Como bien lo subrayan las autoras, su propio trabajo de recuperación de parte de la historia de las mujeres en la sociología, fue posible por la acción feminista colectiva dentro de la disciplina a partir de la década del 70, con hitos como el surgimiento del grupo *Sociologists for Women in Society* en 1971, la creación de la sección sobre sexo y género en la Asociación Norteamericana de Sociología –ASA– en 1972, la creación de la revista *Gender & Society* en 1986 o la organización de la sección de ASA sobre Raza, Clase y Género en 1996, entre otros.

1.2. El ejemplo de Marianne Weber

A título de ejemplo y considerando la importante influencia de Max Weber en la enseñanza de la sociología en Colombia, quiero presentar una perspectiva general sobre el papel de Marianne Weber como socióloga, basada en el trabajo de Lengermann y Niebrugge-Brantley, cuyo descubrimiento me resultó, especialmente, revelador. Hay que decir que la obra sociológica de Marianne Weber se encuentra fundamentalmente en alemán y que incluso la traducción al inglés resulta muy restringida. La sociología de Marianne Weber, quien escribe entre 1890 y 1920, es influida por tres ejes del pensamiento social alemán: una ideología de género basada en una masculinidad sensual y agresiva y una femineidad espiritual y domesticada; la primera ola importante de organización y pensamiento feminista; y la formulación de una sociología comprensiva por parte de varones liberales como Max Weber y Georg Simmel. Luego de publicar en 1907 su monumental obra *Matrimonio, Maternidad y Ley*, Marianne Weber fue considerada una líder intelectual del movimiento feminista liberal. Aunque rechazó las afirmaciones tradicionales esencialistas sobre las diferencias fundamentales entre la naturaleza masculina y femenina, Marianne Weber sostuvo que la configuración de género del trabajo humano le daba a las mujeres como grupo, la responsabilidad primaria de producir, reproducir y enriquecer la vida humana al nivel de la cotidianidad. Marianne Weber, también participó en una vertiente feminista en la configuración crítica alemana, conocida como “el movimiento erótico”, surgido de los círculos artísticos e intelectuales alrededor de Munich, el cual cuestionaba la doble moral sexual y reivindicaba una revolución en las costumbres sexuales de mujeres y hombres. El feminismo erótico defendía la experimentación sexual, el desmantelamiento de la monogamia, la liberación de mujeres y hombres por el amor libre, la exploración homoerótica y la crítica a la heterosexualidad.

La sociología de Marianne Weber, es una sociología centrada en la mujer tanto por sus temas de estudio como por su perspectiva. Su trabajo se plantea como una reacción a algunas ideas presentes en los círculos masculinos de las ciencias sociales que conocía íntimamente; en particular, el supuesto de que las afirmaciones que se hicieran sobre el actor social eran válidas para hombres y mujeres o que las mujeres no eran lo suficientemente significativas como para merecer un análisis separado. Marianne Weber basa su sociología feminista en su experiencia como mujer en un mundo dominado por hombres y como respuesta al discurso sobre este mundo elaborado por una sociología igualmente dominada por hombres. Enfoca su crítica en dos áreas primarias e interrelacionadas de la experiencia femenina: el matrimonio y el trabajo y en la manera como la armonía social se construye a expensas de la autonomía de la mujer. Marianne Weber muestra como las vidas de las mujeres están estructuradas por instituciones dominadas por los hombres como el derecho, la religión y la economía; por un contexto histórico forjado por una serie de acontecimientos masculinos; y por análisis masculinos de estas instituciones y acontecimientos. Su sociología se compromete explícitamente con las teorías de Georg Simmel e implícitamente con las de su esposo, Max. No escribe desde una posición de neutralidad valorativa sino de defensa de cambios en pro de una mayor igualdad entre hombres y mujeres.

Buena parte de su obra, incluyendo su trabajo mayor *Matrimonio, Maternidad y Ley* (1907) está orientada a analizar histórica y estructuralmente la institución matrimonial. El aspecto más agudo de su análisis es la identificación de las dinámicas microsociales del matrimonio como negociación compleja entre poder e intimidad, en la cual el dinero, el trabajo de la mujer y la sexualidad son asuntos decisivos. Resulta interesante resaltar el papel de la ética protestante en su análisis histórico del matrimonio que contrasta y complementa el célebre trabajo de su esposo. Para Marianne Weber, la ética protestante estimula la demanda de autonomía de las mujeres al afirmar que cada persona, hombre o mujer, es moralmente independiente y sólo debe rendir cuentas ante Dios:

“En las comunidades religiosas del Nuevo Mundo animadas por el espíritu puritano, la idea de la igualdad religiosa de la mujer empezó a ser tomada en serio por primera vez... La libertad de conciencia, madre de todos los derechos personales del individuo, estuvo también, del otro lado del océano, en el origen de los derechos de las mujeres” (Weber, 1912^a/1919/1997:31, en Lengermann y Niebrugge-Brantley 1998:205).

Analiza las dinámicas microsociales de la relación marital y señala cómo el patriarcado, al darle al marido la autoridad para tomar decisiones, afecta la integridad de la relación matrimonial y destruye las posibilidades de intimidad. En la mayoría de los matrimonios, la esposa es económicamente dependiente del marido y esta relación de subordinación erosiona el sentido de adultez moral de la mujer:

“La esposa se ve obligada a rogarle al marido y a halagarlo para satisfacer sus necesidades personales... Como toda persona mantenida en condición de dependencia ... adopta las armas de los débiles y trata de conseguir sus propósitos con todo tipo de rodeos... Cuánta desfiguración generan esos trucos de esclava que aún utiliza nuestro sexo para obtener con disimulo de un “amo y señor”, muchas de las cosas que necesitamos para nuestra vida” (Weber, 1912^a/1919/1997: 43-44, en Lengermann y Niebrugge-Brantley 1998:206).

La revisión histórica de Marianne Weber, la lleva a concluir que la adquisición más reciente de autonomía en el matrimonio resulta de las nuevas condiciones industriales que remueven el control personal del esposo, empujando a la mujer hacia la esfera pública como trabajadora. Su teoría sobre el trabajo de la mujer se inscribe dentro de un diálogo crítico con Georg Simmel. Este último responde al debate sobre el papel de la mujer en la sociedad introduciendo una sociología de género que permanecerá ignorada por los historiadores de la disciplina hasta que el feminismo de finales del siglo XX devuelva a los académicos varones hacia las fuentes masculinas clásicas en busca de la faltante “cuestión de la mujer”. Simmel superpone su teoría del género en su clásica y fundamental distinción entre “cultura objetiva” y “cultura personal”: la primera designa los objetos y textos suprapersonales que trascienden y moldean la existencia social individual como la tecnología, el arte, la ciencia, el lenguaje, la religión, el derecho, el dinero, el sistema moral (Coser, 1977). La segunda designa la realización psíquica individual de un sentido del significado de la existencia. De acuerdo con Simmel, la cultura objetiva sería un medio alienante que consume la energía masculina y separa a los varones de la totalidad de la cultura personal mientras las mujeres tendrían una altísima capacidad para realizar el “alma bella” de la cultura personal, el proyecto más importante de la humanidad. Las mujeres serían superiores a los hombres, en este sentido, pero mantendrían un lugar secundario y distante en la construcción de la cultura objetiva.

Marianne Weber responde inicialmente, a Simmel con el argumento de que mujeres y hombres tienen capacidades iguales para trabajar. En varios de sus ensayos, la socióloga muestra la participación de las mujeres en la cultura ob-

jetiva y la diversidad de su contribución en la agricultura, la industria, las profesiones, la educación y la política. Pero afirma que el trabajo cultural de las mujeres cubre, no solamente, la cultura personal y la cultura objetiva sino también una tercera esfera de trabajo, -la producción de la vida cotidiana- que relaciona los dos polos anteriores de manera esencial para la continuidad social y el desarrollo individual. Las mujeres trabajan con objetivos prácticos concretos, para mediar y traducir los productos de la cultura objetiva a un entorno utilizable por los individuos en la vida diaria. Este continente oculto del trabajo de las mujeres sería el puente -y hasta cierto punto la solución a la tensión que identifica Simmel- entre la cultura objetiva y la cultura personal.

La contribución de Marianne Weber a la sociología reside en el modo en que modifica nuestra comprensión de las teorías de Max Weber y Georg Simmel. La socióloga trabajó dentro de un conjunto de conceptos y temas que consideramos propios del pensamiento de Weber y Simmel y que ella misma les atribuye. Adopta su metodología que privilegia el análisis de los casos históricos específicos y la aproximación a los sujetos humanos desde el sentido de su acción. Sin embargo, introduce una fractura crítica y feminista en estos discursos al traer a colación la pregunta por las mujeres. En su crítica a la sociología de Simmel, revela claramente, por ejemplo, cómo la desesperanza filosófica de Simmel en torno al dinero como reificación cultural es un lujo de aquellos que tienen un acceso fácil y no problemático a éste. Rechaza la tesis de que los hombres sean por naturaleza menos hábiles que las mujeres para hacer el trabajo de cultura personal y que sean las trágicas víctimas de su genio para la cultura objetiva. Al explorar el vasto continente medio del trabajo cultural de las mujeres para producir la vida cotidiana, nos muestra cómo esa clase privilegiada de varones puede reflexionar sobre la tragedia de la alienación de la cultura objetiva porque mantiene su capacidad de pensar sobre el sentido de la vida gracias al trabajo cultural cotidiano de las mujeres.

La relación de la sociología de Marianne Weber con la de su esposo es más elusivamente crítica. Cuando ella hace la pregunta por las mujeres a la sociología de Max, no encuentra respuesta: las mujeres no están, ni positiva ni negativamente en su sociología. El asunto de la mujer es más marginal en Weber que en los textos clásicos y más conservadores de Durkheim o en el sentimentalismo liberal de Simmel. En su ensayo "Autoridad y autonomía en el matrimonio" (1912) Marianne Weber critica el análisis del poder y la dominación desde la perspectiva del dominante y plantea el problema del punto de vista del subor-

dinado que experimenta el poder como control sobre su propia voluntad. En este y otros ensayos, Marianne Weber describe al subordinado como no necesariamente complaciente con la dominación. El o la subordinada debe encontrar formas de sobrevivir como subjetividad con voluntad en condiciones de dominación, utilizando los poderes del débil. Por otra parte, su análisis sobre la historia de la religión en la sociedad occidental revela que la sociología de Max, incluyendo su exploración del protestantismo y las sectas puritanas, sólo se interesa por sus consecuencias en aquellas instituciones determinantes en la vida de los varones; y deja sin explorar sus profundas consecuencias sobre las mujeres. Marianne Weber muestra cómo la preservación de la dominación patriarcal entre los sexos en la más íntima y cotidiana de las relaciones humanas –el matrimonio– es el hecho vergonzoso en las celebraciones que la ciencia y la filosofía hacen de la expansión de los derechos democráticos en las sociedades occidentales, considerados como una evidencia en la sociología de Max.

La sociología de Marianne Weber también está construida sobre la comprensión de las diferencias entre mujeres que resultan de la clase, la educación, la edad y la ideología y reconoce de manera consistente diferencias categóricas entre ellas. La autora es consciente del privilegio particular de mujeres como ella y estima que éste implica responsabilidades específicas. No pretende ser “valorativamente neutra” en sus análisis; toma partido por las mujeres. Su voz personalizada revela que los escritos de Max Weber y Georg Simmel, presentados como la voz abstracta de la teoría pura, fueron también los postulados de personas con género, clase, y especificidad biográfica.

2. TEORÍA FEMINISTA Y SOCIOLOGÍA DEL GÉNERO: ALGUNOS DEBATES

Muchas de las sociólogas fundadoras eliminadas de la historia de la disciplina se interesaron por construir categorías de análisis e interpretaciones sobre las relaciones sociales entre los sexos que anticiparon los desarrollos de las teóricas feministas a partir de la década del 70. La llamada “segunda ola” del movimiento feminista tuvo una fuerte incidencia en el mundo académico, inspirada no en las fundadoras ignoradas sino en trabajos pioneros como los de Simone de Beauvoir en la década del 50 o Margaret Mead en la década del 60. Mas de 50 años de producción teórica y de análisis empírico permite contar en la actualidad con un cuerpo vasto y sólido de teorías y enfoques que van desde perspectivas liberales apoyadas en una visión de la sociedad marcada por los procesos de modernización, modernidad e individualización hasta enfoques que enfatizan la dominación y la explotación como estructurantes de

lo social, pasando por abordajes culturalistas que le dan preeminencia al universo simbólico. En esa medida, resulta imposible dar cuenta de las múltiples teorías que existen sobre el género o las relaciones sociales entre los sexos ni de su evolución a lo largo de los años. Como otras teorías que en su momento fueron emergentes y desafiaron las posiciones dominantes, la crítica feminista se desarrolló al interior de las ciencias sociales, utilizando y criticando los enfoques, conceptos y teorías existentes. En la historia de las teorías feministas, se suelen reconocer dos vías complementarias y muchas veces contradictorias, en la construcción de estas arquitecturas conceptuales e interpretativas: una crítica interna a las disciplinas y una elaboración inter o trans-disciplinaria, procesos estrechamente imbricados.

En esta presentación, voy a referirme a una corriente poco conocida en nuestro medio, la escuela feminista materialista francesa. No lo hago solamente con el objetivo de difundir su propuesta sino porque ésta encuentra una fuerte inspiración en la sociología marxista y en el estructuralismo, lo cual permite visualizar cómo una teoría crítica feminista puede tomar como punto de partida las teorías sociológicas -y de las ciencias sociales en general- existentes y trabajar “con” y “contra” estas. Mencionaré específicamente a Christine Delphy y a Collette Guillaumin cuyas teorías sobre la explotación económica de las mujeres y la apropiación material de las mismas proponen un sistema de interpretación holista de las relaciones sociales entre los sexos. Estos enfoques contrastan en varios aspectos con los desarrollos anglosajones en torno a la categoría género, algunos de los cuales abordaré.

2.1. El enfoque materialista

En su obra “El enemigo principal” publicada en 1970, Christine Delphy propone un análisis materialista de la opresión de las mujeres en el capitalismo. Su método parte de las condiciones materiales en las que vive un grupo o categoría llámese clase obrera, mujeres, negros... La opresión de las mujeres es específica, no porque las mujeres sean específicas sino porque es un tipo de dominación singular. Es un caso particular del fenómeno general de la dominación, no más particular que cualquier otro (Delphy 2001:46). Se basa en el supuesto de que toda relación de dominación u opresión es arbitraria, es decir, socialmente construida y en que un análisis materialista de la sociedad es fundamental para la comprensión de todas las opresiones.

“... toda distribución de riquezas y de poder reposa sobre una *convención social* , por lo tanto humana, convención que es incorporada en el derecho y la cos-

tumbre, pero también en otras numerosas instituciones y procedimientos: son **relaciones sociales materiales**. El materialismo no es otra cosa que la primacía acordada a esas relaciones” (Delphy, 2001: 24) El método materialista de Delphy es también estructuralista en la medida en que considera el conjunto antes que las partes. De este modo lo privado y lo público, por ejemplo, conforman un sistema de oposición: ninguno de los dos tiene sentido sin el otro. Su análisis implica privilegiar la relación entre ambos. El grupo de las mujeres y el grupo de los hombres están en relaciones de dominación del mismo orden que el grupo de los Negros y el de los Blancos. Son grupos definidos ante todo porque uno oprime al otro. Si lo que define a los grupos es su situación relativa en relación con el otro, esto se explica por los beneficios que uno de los grupos obtiene por esta situación. Influida por el paradigma marxista de la lucha de clases y la extorsión del trabajo, Delphy busca esos beneficios del lado de la explotación económica y propone el concepto de “modo de producción doméstico” que explota el trabajo doméstico no pagado de las mujeres.

“Se trataba de buscar las bases materiales de la opresión de las mujeres en las condiciones de producción a las que están sometidas, y por producción entiendo la producción de su propia vida, es decir la manera de ganársela; y al mismo tiempo, encontrar una base explícitamente social de la subordinación de un “sexo” al otro” (Delphy 2001:296).

“Encontré algo común a las mujeres y es una explotación material; se puede decir que la opresión de las mujeres comporta la explotación material; es sin duda necesario, pero no suficiente para explicar el lado universal de la distinción hombres-mujeres, el hecho de que sirva para todo” (Delphy 2001:59).

Delphy argumenta que esta explotación reposa sobre la posición de la mujer dentro de la institución familiar como dependiente del jefe de familia. Utiliza la teoría marxista para analizar la opresión de las mujeres y con ello también critica las limitaciones de esta teoría, en particular su indiferencia hacia la división sexual del trabajo, considerada no problemática y aceptada como natural. El reconocimiento de la existencia del patriarcado revela que la “clase obrera” descrita por los marxistas y caracterizada como “teóricamente asexual”, es sexual y no solo de manera empírica y contingente.

“Una de las paradojas del feminismo materialista es que tiene que pensar con el método de Marx contra las conclusiones de Marx, paradoja muy frecuente en la historia de las ideas” (Delphy 2001:296).

“yo acentué aquello que en el marxismo es compatible con la revuelta de las mujeres; no derramaría ni una lágrima por el marxismo si hubiera que abandonarlo porque se revela inútil para analizar la opresión” (Delphy 2001:129).

La autora afirma que los intereses presentes en el análisis marxista explican su incapacidad para entender la opresión de las mujeres. A los marxistas sólo les

interesaba destacar la sobreexplotación del trabajo de las mujeres en el mercado, pero no en la familia porque no querían ver que los beneficiarios en este último caso eran los hombres: esposos, padres, hijos. El trabajo doméstico es un caso de trabajo de autoconsumo propio de un tipo de economía campesina, en la cual se produce en parte para el mercado y en parte para el propio consumo. Es un tipo de producción que se podría llevar al mercado, pero que se escoge consumir y en esa medida, es una actividad tan productiva como las otras. Lo que realmente define el trabajo doméstico es la relación estructural de explotación institucionalizada en el matrimonio:

“Son las mujeres como esposas y en el marco de esta relación quienes no son remunerables, no es el tipo de tareas que hacen [...] Es el matrimonio el que nos hace salir de la productividad, del mercado, no hay que mirar las tareas, hay que mirar las relaciones de producción” (Delphy 2001:69)

Así como para entender la explotación de los obreros no basta con identificar la cantidad de trabajo extorsionada sino la relación de dependencia y miseria que la acompañan, en el caso de las mujeres es fundamental poner en evidencia sus condiciones de sujeción. Para responder a quienes se inquietan por la relación amorosa entre los sexos, Delphy nos recuerda como con frecuencia en el análisis feminista la reivindicación de la igualdad o la afirmación de que las mujeres estaban oprimidas, se hizo en nombre de la relación amorosa entre los sexos, no en su contra. En el siglo XIX, las feministas anglosajonas y francesas –al igual que Marianne Weber- protestaban contra la dependencia conyugal de las mujeres, no sólo en nombre de la libertad y la dignidad sino porque era imposible que hubiese sentimientos auténticos entre dos personas cuando una de ellas controlaba absolutamente a la otra.

2.2. El debate sexo/género

Christine Delphy inscribe su trabajo no solo en relación con la teoría marxista sino con otros desarrollos de las ciencias sociales que desembocan en la categoría género, categoría que la autora adopta a partir de 1976, entendida como “sexo social”. En 1963, Margaret Mead afirma que la división de los rasgos del carácter humano en dos (mitad mujeres, mitad hombres) establecida por la mayoría de las sociedades, es arbitraria. La noción de “roles de sexo” utilizada por Mead será desarrollada en las décadas posteriores, lo cual permite dar un paso hacia la desnaturalización; el siguiente será el cuestionamiento de la visión de armonía y complementariedad de estos roles. El concepto de género,

heredero directo de los “roles de sexo”, es utilizado por Ann Oakley en 1972, en uno de los primeros trabajos consagrados explícitamente al tema, *Sex, Gender and Society*. Oakley define el sexo como diferencias biológicas entre machos y hembras mientras el género, “cuestión de cultura”, hace referencia a la clasificación de lo masculino y lo femenino y reúne *todas las diferencias observadas entre hombres y mujeres*, roles y representaciones culturales. El género incluye todo lo que es variable y socialmente determinado: la variabilidad es la prueba de su condicionamiento social. Señala Delphy cómo con el concepto de género, tres cosas se vuelven posibles:

a) un sólo concepto reúne el conjunto de aquellas diferencias entre los sexos que se presentan como sociales y arbitrarias, b) su singular (el género) permite desplazar el énfasis sobre las partes hacia el principio de separación, c) la idea de jerarquía queda claramente anclada a este concepto. Sin embargo, se sigue pensando el género como una dicotomía social determinada por una dicotomía natural. Los análisis feministas buscan dar cuenta de las diferencias y desigualdades sociales que se establecen en torno al sexo, pero no se preguntan por qué el sexo da lugar a diferenciaciones sociales. Desde esas perspectivas, el sexo antecede cronológica o lógicamente al género: es pensado como causa o explicación del mismo.

Delphy critica este razonamiento y propone repensar la relación sexo/género planteando la idea de la anterioridad lógica del género con relación al sexo. Este último no sería más que un marcador de la división social que sirve para reconocer e identificar a las dominadas de los dominantes. Es un signo que adquiere valor simbólico y resulta de un acto social de reducción hasta obtener una clasificación dicotómica. A partir de su reflexión sobre el trabajo doméstico, la autora demuestra cómo el punto de partida es la relación de dominación y el conjunto de los mecanismos sociales que producen el sometimiento de una categoría de personas a otra, o más exactamente la “creación de categorías de personas”. De este modo, invierte el razonamiento habitual que va de las “diferencias naturales” a la división sexual del trabajo y finalmente a la jerarquización.

“Concluí que el género no tenía un sustrato físico –más exactamente que lo que es físico (y cuya existencia no está puesta en cuestión) no es el sustrato del género. Que al contrario, era el género el que creaba el sexo: dicho de otro modo, el que daba sentido a rasgos físicos que, al igual que el resto del universo físico, no poseía sentido intrínseco” (Delphy 2001:27).

Para Delphy los términos “género”, “opresión de las mujeres” y “patriarcado” son intercambiables pues los considera aspectos de un mismo fenómeno. El término “opresión” tuvo un valor simbólico importante en los años 1970; expresaba la rebelión de un grupo social. El “patriarcado” designa el sistema de opresión de las mujeres y tiene un sentido analítico al expresar que se trata de un sistema y no de una serie de hechos fortuitos lamentables. El “género” es el sistema de división jerárquica de la humanidad en dos mitades desiguales, siendo la jerarquía un rasgo tan importante como la división. El “patriarcado” es un concepto más global y cerrado mientras que “género” denota un proceso.

Cuando escribió *El Enemigo Principal*, Delphy no sabía donde ubicar las explotaciones que no provenían del trabajo, opresiones como la violación, el constreñimiento a la heterosexualidad y la reproducción. A partir de 1984, la autora se refiere al género como comprensión del sexo como construcción social y sistema jerárquico y dicotómico, resultado de varios sistemas de opresión, uno de los cuales es la explotación económica. Renuncia a la búsqueda de una causa única y al igual que otras feministas materialistas anglosajonas, como Walby o McKinnon, propone una interacción entre diversas estructuras cuya articulación jerarquizada debe poder establecerse.

2.3. Una postura radical antidiferencialista

La postura teórica antinaturalista y estructuralista de Delphy se corresponde con una visión antidiferencialista con fuertes consecuencias políticas. Estima que “la diferencia” ha operado como argumento mediante el cual se justifica la desigualdad entre los grupos. Las diferencias son creadas precisamente para constituir grupos y luego se presentan como “descubiertas”, como hechos exteriores a la acción de la sociedad. Esas diferencias son jerárquicas y el tratamiento diferencial no es recíproco. Los diferentes son siempre los otros: las mujeres, las y los negros, etc. La jerarquía no aparece cuando grupos ya existentes entran en relación sino que es la misma relación de dominación la que constituye los grupos y su diferencia. Los grupos son creados como grupos y como dominados o dominantes en el mismo momento y por el mismo movimiento.

La reivindicación de “igualdad en la diferencia” contra la cual se rebelaba Simone de Beauvoir en la década de 1960, es igualmente criticada por Delphy para quien el llamado “feminismo de la diferencia” es una corriente contraproducente. Las feministas diferencialistas esperan que las mujeres sean valo-

radas “como mujeres”; lo cual supone que para tener derecho a ese “respeto” y a esa “valoración”, los individuos deben mantenerse dentro de los límites de lo que se reconoce como específico de su grupo. De este modo se niega al individuo del grupo dominado, “específico”, su singularidad individual. La creencia en la diferencia sexual está tan anclada en la conciencia que desborda el ámbito del género y afecta la percepción del mundo y la capacidad de percibirlo. Se vuelve una cosmogonía, revela su rostro religioso, como si la diferencia entre los sexos fuera lo único que da sentido al mundo. Afirma la autora:

“El esencialismo, el diferencialismo, la neofeminidad –como quiera que se llamen las tendencias que piden desde hace siglo y medio *la igualdad dentro de la diferencia* – no son solamente absurdos desde el punto de vista del análisis; son peligrosas por lo que han producido y siguen produciendo en el plano político” (Delphy 2001:41).

Las políticas de muchos Estados recogen esta pretensión y en lugar de buscar la igualdad persiguen la equidad: un proyecto que Delphy ubica a medio camino entre la igualdad y la equivalencia (igualdad en la diferencia). De este modo, ningún campo de actividad queda formalmente restringido para las mujeres, pero no se hace nada para acabar con la explotación del trabajo doméstico. La maternidad es uno de los aspectos de esta ideología de género con mayor resonancia entre las mujeres:

“Pareciera que existe una comunidad de intereses entre la sociedad patriarcal, que quiere seguir cosechando los beneficios de la explotación de las mujeres, y la mayoría de éstas, que están dispuestas a aceptar esta explotación a cambio de un papel menor pero reconocido - el de madres- y las satisfacciones afectivas de la maternidad” (Delphy 2001:33).

2.4. La apropiación material de la individualidad corporal: la propuesta radical de Colette Guillaumin

En su libro *Sexo, raza y práctica de poder. La idea de Naturaleza* (1992), Colette Guillaumin propone un análisis de la opresión de las mujeres en términos de relaciones de apropiación de la clase de las mujeres por la clase de los hombres, en una analogía con las relaciones de esclavización. Su enfoque también se ubica desde una perspectiva materialista y radical y realiza una fuerte crítica a las limitaciones de la teoría marxista para dar cuenta de la explotación de las mujeres. Mediante la idea de *apropiación material de la individualidad corporal* de las mujeres por los hombres, podemos decir que resuelve de manera

unificada y totalizante la interrelación entre explotación económica y sexual que planteaba Delphy.

El punto de partida de Guillaumin es la observación de un hecho material – la relación de poder mediante la cual una clase de sexo (los hombres) se apropia de la otra (las mujeres)- y de un hecho ideológico –la idea de “naturalidad” que daría cuenta de lo que son las mujeres-. El enfoque materialista es claro en la medida en que el hecho ideológico está subordinado al hecho material, no constituye una categoría empírica autónoma. Hecho material y efecto ideológico son las dos caras de un mismo fenómeno. La relación de apropiación o acaparamiento de la individualidad es un tipo de dominación más amplia, lógica e históricamente anterior a la explotación de la fuerza de trabajo del proletario en el capitalismo en la medida en que, como en el sistema de esclavitud de plantación, se produce una apropiación física directa. En ella, la unidad material productora de fuerza de trabajo, es decir la persona, es apropiada en su individualidad corporal y no solamente en su fuerza de trabajo.

Esta apropiación material se expresa, concretamente, en aspectos como la apropiación del tiempo, la apropiación de los productos del cuerpo, la obligación sexual, la carga física de los miembros inválidos del grupo y la carga física de los miembros válidos de sexo masculino. La “obligación sexual” toma dos formas principales de uso físico sexual de las mujeres: la primera mediante el contrato matrimonial, no monetario y la segunda mediante el contrato monetario de la prostitución. En este último interviene una medida de tiempo y dinero que impone límites mientras una mujer apropiada por su esposo, no puede disponer de su cuerpo. En cuanto a la carga física de los miembros del grupo, en ella la dominación sexual reduce a la mujer al estado de herramienta cuya instrumentalidad se aplica fundamentalmente a otros seres humanos. Socialmente, estas tareas se efectúan en el marco de una apropiación física directa en las familias y en otras instituciones sociales: así, por ejemplo, la Iglesia Católica absorbe a mujeres que destina gratuitamente (a cambio de su mantenimiento) a cuidar a otros en hospicios, hospitales e internados, cosa que no ocurre con las órdenes religiosas masculinas. Afirma Guillaumin que las monjas al igual que las prostitutas representan “el colmo de la feminidad” o si se quiere, una feminidad “extrema”... Las unas encarnan la obligación sexual, las otras la carga física del cuidado de otras personas.

La apropiación de la individualidad material de las mujeres tiene efectos dramáticos sobre su existencia: el mantenimiento material de otros cuerpos significa una presencia constante, una vida cuyo tiempo es totalmente absorbido por el cara a cara con los bebés, los niños o el marido. Pero el estar ligada materialmente a individualidades físicas es también una realidad mental. La individualidad es una frágil conquista negada con frecuencia a una clase completa a la que se le exige que se diluya, material y concretamente, en otras individualidades:

“La privación de individualidad es la secuela o la cara escondida de la apropiación material de la individualidad [...] disloca la frágil emergencia del sujeto” (Guillaumin, 1992:31).

La explotación económica del trabajo doméstico de las mujeres se explica por la relación de apropiación: su gratuidad pone en evidencia que es un trabajo considerado “no remunerable” porque no resulta de la venta de la fuerza de trabajo por un individuo libre sino de la apropiación global de la esposa por el marido. Guillaumin destaca, no obstante, algunas contradicciones entre la apropiación colectiva de la clase de las mujeres por la clase de los hombres y su apropiación individual. El matrimonio sólo es la superficie institucional y contractual de una relación generalizada, la expresión restrictiva de una relación pero no es la relación misma. El matrimonio también contradice esa relación y la limita al restringir el uso colectivo de una mujer, trasladándolo a un solo individuo. Una segunda contradicción se da entre la apropiación de las mujeres por parte de los hombres y su reapropiación por ellas mismas mediante su existencia objetiva de sujeto social que puede vender su fuerza de trabajo.

2.5. El discurso de la Naturaleza como efecto ideológico de la apropiación material

Esta relación social de dominación, mediante la apropiación material del cuerpo produce una interpretación “material” de las prácticas. Según Guillaumin, la faz ideológica y discursiva de la relación convierte a las unidades materiales apropiadas –en este caso, las mujeres– en *cosas en el pensamiento mismo*. El objeto de la apropiación es expulsado “fuera” de las relaciones sociales e inscrito en una pura materialidad:

“En la relación social de apropiación, siendo *la individualidad material física el objeto de la relación*, ésta se encuentra en el centro de las preocupaciones que acompañan esta relación. Esta relación de poder, tal vez el más absoluto que pueda existir: la pertenencia física (directa o mediante la apropiación de

los productos), conlleva la creencia en que un substrato corporal motiva esta relación, ella misma material-corporal, y que de alguna manera, es su “causa”. El dominio material sobre el individuo humano induce una cosificación del objeto apropiado” (Guillaumin, 1992:50).

En las relaciones entre las clases de sexo, las dominadas son “cosas” en el pensamiento como lo revela el discurso sobre la sexualidad de las mujeres, su inteligencia o su llamada intuición. En relación con la sexualidad, una fracción de la clase de mujeres está consagrada exclusivamente a funciones sexuales: las prostitutas son la sexualidad y solo eso. Son objetivadas como sexo. Por otra parte, a las mujeres se les atribuye inteligencia específica que es una inteligencia de cosa. Alejadas de la especulación intelectual, consideradas ilógicas, su inteligencia es descrita como “práctica”, orientada hacia el mundo de las cosas. Finalmente, la llamada intuición específicamente “femenina” clasifica a las mujeres como expresión de los movimientos de la pura materia. Las mujeres saben lo que saben sin razón; no tienen que comprender ni poner en uso la razón. Su saber es una propiedad directa de la materia de que están hechas (Guillaumin 1992:54).

La antigua idea aristotélica de naturaleza, dice Guillaumin, expresaba una concepción finalista de los fenómenos sociales: un esclavo está hecho para hacer lo que hace, una mujer para obedecer. La idea de naturaleza se confundía con la de “función”. La idea moderna de naturaleza se desarrolló de manera concomitante con las ciencias llamadas de la materia y de la naturaleza. Esta aporta algunas modificaciones a la visión aristotélica. A la idea original de finalidad del objeto le añade la de determinismo interno del mismo. El objeto era considerado fisiológicamente organizado –y no sólo anatómicamente- para ocupar el lugar que le corresponde *como grupo*. Esta programación interna era su propia justificación en virtud de la creencia en una Naturaleza personificada y teleológica. A partir del siglo XVIII, este naturalismo adquirió rasgos cada vez más complejos, hoy apoyados en códigos genéticos, biología molecular y demás. Pero el fin del geocentrismo no significó la desaparición de la finalidad metafísica:

“Es la idea singular de que las acciones de un *grupo* humano, de una *clase*, son “naturales”; que son independientes de las relaciones sociales, que preexisten a toda historia, a todas las condiciones concretas determinadas” (Guillaumin 1992:57).

Guillaumin explora qué ocurre con los dominantes en esta visión naturalista y logra poner en evidencia algunas contradicciones lógicas allí presentes: todos los humanos son naturales, pero algunos son más naturales que otros. La

imputación de que las mujeres somos “naturales” se expresa en un discurso de una gran simplicidad: si las mujeres son dominadas es porque son diferentes, tienen un cerebro más pequeño, hormonas distintas... ¿Pero diferentes de qué? No se es diferente en sí mismo, se es diferente de alguien, de algo. Sin embargo, si es verdad que las mujeres son diferentes de los hombres, los hombres en cambio no son diferentes. Los hombres son. Los hombres no se diferencian de nada. La autora subraya que no existe realmente el género gramatical masculino, al menos en su lengua, el francés. No existe lo masculino porque lo general basta para los hombres: de hecho hay un general y un femenino, un humano y una hembra. Y destaca con fina ironía:

“A los hombres no les interesa encontrarse como género (los machos) ya que son una clase dominante; no les interesa encontrarse denotados por una característica anatómica, ellos que son *los hombres*. Hombre no quiere decir macho, quiere decir especie humana. ¿Por qué diablos tendrían ellos que ser, como *las mujeres*, sólo una fracción de la especie? Prefieren ser todo, es muy comprensible” (Guillaumin 1992:65).

En un primer momento, los grupos dominantes no se atribuyen a sí mismos una naturaleza. Pueden llegar a desarrollar “éticas científicas”, tanto liberales triunfantes como nazis, de que algunos grupos tienen un derecho de dominación por excelencia debido a sus cualidades y sus capacidades innatas de todo tipo, pero no por ello abandonan el sentimiento de que no se confunden con la Naturaleza sino que justamente sus capacidades innatas les dan la posibilidad de trascender las determinaciones internas. La naturaleza les da la inteligencia que les permite comprender y dominar hasta cierto punto a la Naturaleza...

2.6. Algunos contrastes entre la escuela materialista francesa y teorías feministas anglosajonas

El campo de las teorías feministas, aun cuando ocupa una posición crítica en el campo más amplio de las ciencias sociales, está igualmente sometido a luchas por la legitimidad científica. En un conjunto de sistemas de pensamiento que asumen que no existe una teoría que sea social ni políticamente neutra, la relación con los movimientos feministas también interviene en los procesos de legitimación. Si es posible pensar que la “nación” como delimitación territorial, jurídica, cultural y simbólica define fronteras que inciden en la construcción de escuelas de pensamiento diferenciadas, también es posible afirmar que las oposiciones entre naciones o culturas nacionales hacen parte de las clasifica-

ciones jerarquizadas que suprimen las particularidades internas a cada grupo así construido y son inseparables de relaciones jerárquicas. Es así como Christine Delphy (2001) se defiende de la invención del “French Feminism” por parte de las anglo-americanas y les reprocha el acto imperialista de objetivar al feminismo francés reduciéndolo a un conjunto de autoras que según ella no se destacan precisamente por su feminismo como Helène Cixous, Julia Kristeva o Luce Irigaray. Sin embargo, su propia argumentación no escapa totalmente al reduccionismo al hablar de “las anglo-americanas” sin diferenciar corrientes de pensamiento ni autoras en singular o al referirse a “la compulsión anglo-americana de unificar a *los franceses*, de homogeneizarlos y negarles toda individualidad”, compulsión que los habría llevado a crear escuelas de pensamiento totalmente nuevas, comparando autores que no pueden ser comparados: “el constructivismo social de Foucault jamás podría combinarse, ni con la ayuda de los Marines, con el esencialismo de Lacan” (Delphy 2001:349).

El reproche principal que Delphy les hace a las angloamericanas es su creencia implícita en la “diferencia sexual” –y en algunos casos, su defensa de la misma-. La “diferencia sexual” nunca definida se convierte en objeto místico que confunde el sexo anatómico, la identidad de género, los roles sexuales, la actividad sexual, la orientación sexual... En el detalle de su argumentación, Delphy si distingue corrientes y autoras y separa a la “escuela de la diferencia” de otras corrientes, postestructuralistas o constructivistas con las cuales tiene mayor afinidad, pero cuyas contradicciones pone en evidencia. Ubica el trabajo de autoras “angloamericanas” como Linda Alcoff, Nancy Fraser, Judith Butler, Joan Scott, Jane Flax o Linda Nicholson, como perspectivas críticas importantes ante las posturas esencialistas del feminismo de la diferencia. Sin embargo, considera que su comprensión del género como construcción social no es lo suficientemente coherente. En ella dominaría o subyacería la percepción errónea sobre socialmente construido como algo no sólido, sobre-impuesto, de lo cual sería fácil liberarse, percepción que no sólo revela un desprecio ingenuo por los mecanismos sociales sino que oculta una creencia implícita en la existencia de una “naturaleza humana” que subyacería al artificio social.

El diálogo y las luchas conceptuales y políticas entre las feministas francesas y anglosajonas tienen una larga y compleja historia que no ha sido reconstruida plenamente. Centrarse en las oposiciones nacionales no es la mejor manera de delinear la discusión ya que son otras diferencias teóricas y políticas no nacionales las que permiten dar cuenta de esta evolución. De hecho, Judith

Butler, se apoya en autoras francesas como la clásica Simone de Beauvoir y la teórica lesbiana vanguardista Monique Wittig, formada en el feminismo materialista francés, para defender la idea del cuerpo como campo de posibilidades culturales a la vez recibidas y reinterpretadas (Butler, 1990). Como Wittig y Delphy, Butler une indisociablemente el género con la naturalización de la heterosexualidad: las categorías “hombre” y “mujer” incluyen la norma heterosexual. Por eso, Wittig afirmará que una lesbiana no es una mujer y buscará reconstruir literariamente el cuerpo lesbiano como cuerpo erógeno en el cual las marcas del sexo y el género como dominación cultural desaparecen. Butler y Wittig buscan destruir desde adentro la lógica binaria del sexo, categoría finalmente equivalente al género, acudiendo a la estrategia foucaultiana de subversión de los opuestos binarios mediante la proliferación de las diferencias y de las configuraciones de poder que les son inseparables.

Pero mientras Wittig (2001) privilegia lo que podríamos denominar el “cimarronaje” de las lesbianas, su autoubicación como fugitivas del régimen político heterosexual, Butler opta por la renegociación cotidiana del contrato social que es indisociablemente un contrato sexual. Butler reafirma su desafío a las posiciones feministas que sostienen que la diferencia sexual es irreducible haciendo un llamado a la “invención radical”, otorgándole una gran capacidad performativa al lenguaje y a las luchas simbólicas para modificar las relaciones materiales. No sin contradicciones con lo anterior, Butler (2000) defiende la idea de que el género y la heterosexualidad normativa constituyen un mecanismo social de regulación que hace parte del modo de producción. En la medida en la que los sexos naturalizados funcionan para asegurar la pareja heterosexual como estructura sagrada de la sexualidad, contribuyen a perpetuar el parentesco, los títulos legales y económicos, las prácticas que delimitan quien será una persona reconocida. De este modo, la regulación sexual define un modo de producción del sujeto. Valdría la pena examinar con cuidado las posibles inconsistencias entre esta visión holista del modo de producción y la concepción de sujeto como productor-a y transformador-a del género que defiende Butler. Basta resaltar, por el momento, que Wittig, Butler y Delphy coinciden en la lucha por una sociedad en la cual las categorías “hombre” y “mujer” dejen de operar pero se diferencian en la forma de concebir esa posibilidad.

La perspectiva materialista de Delphy o Guillaumin, a pesar de su gran consistencia lógica y sociológica, así como su capacidad heurística para revelar

dimensiones estructurales ocultas de la dominación masculina, resulta insuficiente para dar cuenta tanto de la experiencia subjetiva de las dominadas y de los dominantes como de los procesos que contribuyen a modificar este sistema de dominación. No basta la explicación de Delphy, por ejemplo, sobre la capacidad de ciertas feministas -entre las cuales se incluye- de considerar el carácter no necesario del género como resultado del hecho de que “las subjetividades están construidas no solamente por las coherencias, sino también por las contradicciones de las culturas y las sociedades” (Delphy 2001:337). Hay una brecha por llenar entre “las cosas de la lógica y la lógica de las cosas” para poder dar cuenta cabalmente de las relaciones entre sujeto y estructura⁷.

La aproximación histórica y postestructuralista de Joan W. Scott ofrece otras posibilidades. En la introducción a su libro, *Gender and the Politics of History*, (1988) Scott aclara su concepción del género que define como *saber* –en el sentido de Foucault- acerca de la diferencia sexual. El saber alude a la comprensión que producen las culturas y sociedades sobre las relaciones humanas, y en este caso, sobre las relaciones entre mujeres y hombres. Es producido de manera compleja en el marco de entramados epistémicos que tienen una historia relativamente autónoma. Sus usos y significados son objeto de cuestionamientos políticos y son los medios mediante los cuales se construyen las relaciones de poder, dominación y subordinación. El conocimiento o el saber no sólo se refieren a ideas, sino también a instituciones y estructuras, prácticas cotidianas, ritos especializados, es decir, a las relaciones sociales en general. El saber es una forma de ordenar el mundo: no es anterior a la organización social, pero es inseparable de ésta. El género es la organización social de la diferencia sexual lo cual no significa que el género refleje simplemente diferencias físicas naturales y fijas entre hombres y mujeres. El género, aclara Scott, es el saber que establece significados para diferencias corporales. Estos significados varían a través de las culturas, grupos sociales, y a través del tiempo, ya que nada en el cuerpo, ni siquiera los órganos reproductivos femeninos, determina de manera unívoca la forma de estas divisiones sociales.

Scott se ubica en relación con su disciplina, la historia, dentro de la cual pretende cuestionar la visión tradicional de los historiadores varones, los cua-

7 Valga la advertencia de que esta anotación se refiere a la propuesta teórica de la autora tal como está recogida en *El Enemigo Principal*, reeditado en 2001 y no contempla otras dimensiones puntuales de su obra.

les, al asumir que las mujeres tenían características inherentes e identidades objetivas distintas a las de los hombres, y que estas generaban necesidades e intereses distintos, trataron la diferencia sexual como un fenómeno “natural” y no como un fenómeno histórico. En su búsqueda de una epistemología que soportara una política y una historia feministas más radicales, Scott se aproxima a la teoría posestructuralista, y a los aportes específicos de Foucault y Derrida. Estas teorías ofrecen una perspectiva analítica que permite preguntarse *cómo* las jerarquías de género son construidas y legitimadas, haciendo referencia a procesos y no a orígenes, a múltiples causas, a retórica y discursos y no a ideología o conciencia sin abandonar el interés por las estructuras y las instituciones. La concepción del poder y las relaciones sociales que sostiene Scott se distingue claramente del enfoque materialista de las feministas francesas. Para responder a la pregunta sobre cuáles intereses están en juego en el control o cuestionamiento de los significados, Scott se orienta hacia la idea de interés relativo, contextual, producido discursivamente. Este “interés” no es inherente al actor o a su posición estructural sino que es producido discursivamente. De este modo, la experiencia no es vista como circunstancias objetivas que condicionan la identidad ni la identidad como sentido de sí mismo determinado objetivamente por necesidades e intereses. La política no es la toma de conciencia colectiva de sujetos individuales situados de manera similar sino el proceso mediante el cual determinados juegos de poder y conocimiento constituyen identidad y experiencia. Scott insiste en examinar el género concretamente y en su contexto, considerándolo como un fenómeno histórico, producido, reproducido y transformado en diferentes situaciones y a lo largo del tiempo.

Por otra parte, la deconstrucción permite hacer del análisis crítico del pasado y el presente una operación continua en la cual la historiadora puede interpretar el mundo al tiempo que trata de cambiarlo puesto que socava la pretensión de neutralidad del historiador o de presentar una historia como si fuera completa, universal y objetivamente determinada. Si los significados son construidos a través de exclusiones, tenemos que reconocer y tomar nuestras responsabilidades ante las exclusiones de nuestro propio proyecto. Esta aproximación reflexiva, autocrítica, vuelve evidente el estatus particular de todo conocimiento histórico así como el papel activo del historiador y la historiadora como productores de conocimiento situado.

3. CONOCIMIENTO SITUADO Y REFLEXIVIDAD FEMINISTA

La crítica feminista a la sociología bien sea como denuncia de la exclusión de las mujeres de la historia y el canon de la disciplina o como cuestionamiento a teorías del mundo social con pretensión universalista que ignoran la realidad de las mujeres y de las relaciones entre los sexos, es inseparablemente una crítica epistemológica. Vimos como Marianne Weber explicaba las limitaciones de los análisis de Simmel por su posición de clase y su privilegio masculino. En esa misma dirección, feministas contemporáneas como Dorothy E. Smith, Sandra Harding o Patricia Hill Collins han desarrollado una crítica epistemológica feminista que se inscribe en la corriente conocida como “conocimiento situado”. La historia y la sociología de la ciencia han contribuido a develar las condiciones sociales de producción del conocimiento científico, las relaciones de poder y los intereses materiales y simbólicos que la atraviesan. Sin embargo, algunos de esos esfuerzos han conservado –a pesar de las críticas formales- la ilusión de un sujeto que mediante un uso adecuado de la razón reflexiva, puede objetivar las limitaciones de su propio punto de vista y posición. El caso de Pierre Bourdieu, sociólogo cuyos trabajos y propuesta sociológica consideró, especialmente, inspiradores, es revelador de las contradicciones y las dificultades para realizar una objetivación de su posición de sujeto objetivante. A pesar de su agudeza para poner en evidencia las luchas entre los diversos puntos de vista que estructuran el campo científico y en particular el campo sociológico y a pesar de haber escrito un brillante análisis sobre la dominación masculina, es incapaz de ver los sesgos que introduce en su ejercicio sociológico su posición dominante en el orden de género, su posición masculina. En su último trabajo sobre ciencia de la ciencia y reflexividad (2001) ignora olímpicamente la crítica feminista a la ciencia occidental. Es indudable que salvo contadas excepciones, el sujeto objetivante no puede mediante el simple o complejo ejercicio de la razón reflexiva, dar cuenta de todas las condiciones sociales que orientan y limitan su quehacer científico. Han sido las críticas de las y los dominados, de las mujeres, las y los colonizados, las y los racializados las que históricamente han forzado a las y los científicos a reconocer algunos de los sesgos que condicionan su tarea, revelando su carácter clasista, etnocéntrico, androcéntrico, racista, homofóbico, etc.

3.1. La propuesta de “objetividad fuerte” de Sandra Harding

A lo largo de dos décadas, algunas feministas, especialmente angloamericanas, han desarrollado una discusión compleja acerca de la objetividad y con

otros movimientos sociales han llegado a la conclusión de que es deseable y posible hacer realidad un conocimiento socialmente situado. Para lograrlo, las y los epistemólogos del “punto de vista” proponen “empezar a pensar desde las vidas marginadas” y “tomar la vida cotidiana como problemática”:

“Las teorías del punto de vista argumentan que pensar a partir de las vidas de las personas marginadas; empezar en esas ubicaciones determinadas y objetivas en cualquier orden social permitirá esclarecer cuestiones críticas que no surgirían a partir de ideas provenientes de las vidas de los grupos dominantes” (Harding, 2003:128).

Harding considera que estas bases son necesarias pero no suficientes para garantizar una maximización de la objetividad. Las teorías del conocimiento situado no pretenden originar problemáticas humanas universales, sino un conocimiento cuyos fundamentos están saturados de vida social e histórica. Rechazan la ilusión occidental de que el conocimiento humano pueda borrar las huellas que revelan su proceso de producción y afirman que las concepciones convencionales del método científico preparan a los científicos para eliminar relativamente de los resultados de la investigación aquellos intereses y valores sociales que difieren de la comunidad científica. Pero el método científico no provee reglas, procedimientos ni técnicas que permitan identificar o eliminar los intereses sociales compartidos por los científicos. La “epistemología del punto de vista” no sólo reconoce el carácter socialmente situado del conocimiento sino que lo transforma en un recurso científico sistemático y accesible.

Harding aborda un punto importante que se relaciona con las críticas de las feministas materialistas francesas al diferencialismo norteamericano, y es el papel de “lo femenino” en la crítica feminista. Sin duda, las vidas de las mujeres que constituyen el punto de partida del conocimiento feminista, están moldeadas por las reglas de la feminidad y en ese sentido expresan una “cultura femenina”. La mayoría de los escritos feministas son ambivalentes en cuanto al valor de la feminidad que critican en la medida en que es definida como parte de un proyecto conceptual destinado a exaltar la masculinidad. Harding identifica con justeza, a mi modo de ver, una de las ambivalencias más significativas en el proyecto científico feminista, marcado por la crítica al orden de género y a la feminidad que éste produce, al tiempo que denuncia la injusta devaluación de las vidas de las mujeres:

“El pensamiento feminista se ve obligado a “hablar como” y a nombre de la noción que critica y trata de dismantelar –las mujeres-. En la naturaleza con-

tradictoria de este proyecto reside tanto su mayor desafío como la fuente de su gran creatividad...” (Harding, 2003:130).

Aunque la epistemología del punto de vista rechaza la idea de un conocimiento universal, no por ello defiende una postura relativista, según la cual sólo podría haber historias locales. Se opone a la idea de que todas las situaciones sociales proporcionan recursos, igualmente, útiles para conocer el mundo y que todas plantean límites, igualmente, fuertes al conocimiento. En oposición al sujeto de conocimiento tradicional de las ciencias sociales, cultural e históricamente desencarnado, separado de sus “objetos” los cuales si estarían determinados espacial y temporalmente, las teorías del conocimiento situado proponen un sujeto objetivante encarnado y visible, socialmente ubicado que no es fundamentalmente distinto de sus “objetos” de conocimiento. Se asume una simetría causal en el sentido de que el mismo tipo de fuerzas sociales que moldea a los objetos de conocimiento también moldea a los conocedores y su proyecto científico.

Desde una perspectiva feminista, las sujetos/agentes de conocimiento son múltiples, heterogéneas, y frecuentemente contradictorias. Las mujeres no son las únicas que pueden generar conocimiento liberador o feminista. Así como las mujeres feministas no nacen sino que se hacen, los hombres también pueden aprender a asumir su responsabilidad histórica por la posición social desde la cual hablan. Harding propone un programa de “objetividad fuerte” que requiere que sujeto y “objeto” de conocimiento estén ubicados en el mismo plano crítico y causal. Requiere por lo tanto una fuerte reflexividad: el sujeto de conocimiento, es decir, el individuo y la comunidad socialmente ubicados al igual que sus creencias no explicitadas, deben ser considerados como parte del objeto de conocimiento. Pero el estudio más crítico posible de los científicos y de su comunidad sólo puede hacerse desde la perspectiva de quienes han sido marginados por esas comunidades. Esto exige que las y los científicos y sus comunidades se integren en proyectos democráticos. El programa de reflexividad fuerte es un recurso para la objetividad, pero no existe una sola manera legítima de conceptualizar la objetividad como no la hay para conceptualizar la democracia, la libertad o la ciencia. La noción de objetividad tiene historias políticas e intelectuales valiosas; al transformarse en “objetividad fuerte” conserva aspectos centrales de las concepciones que la antecedieron. Con ello Harding se sitúa a sí misma y a su crítica al interior del campo de las ciencias sociales.

3.2. El punto de vista de la “extranjera adentro”: el pensamiento de las feministas negras⁸

La crítica de las mujeres negras a las ciencias sociales y a las teorías feministas confirma el carácter situado del conocimiento, los límites inherentes a toda visión científica del mundo social y las potencialidades inscritas en los puntos de vista marginados. Patricia Hill Collins (2003), socióloga negra norteamericana, argumenta que muchas intelectuales negras han hecho un uso creativo de su marginalidad en las ciencias sociales, para producir un pensamiento que refleja un punto de vista particular sobre si mismas, la familia y la sociedad. La posición de “extranjeras adentro” remite históricamente al lugar que el sistema esclavista y racista norteamericano dio a las mujeres negras, como empleadas domésticas y niñeras, en la intimidad de las familias blancas. Esto les habría permitido ver a las elites blancas desde perspectivas muy distintas a las de sus esposos negros y a las de los mismos grupos blancos.

El pensamiento feminista negro está conformado por las ideas producidas por mujeres negras que definen un punto de vista de y para las mujeres negras. Supone la existencia de cierta percepción común a las mujeres negras como grupo pero también considera que la diversidad de clase, región, edad y orientación sexual que condiciona sus vidas individuales genera diversas expresiones de esos temas comunes. No existe ninguna plataforma feminista negra a partir de la cual se pueda medir la “corrección” de una pensadora particular ni debería haberla.

Uno de los temas importantes del pensamiento feminista negro es el de autodefinición y autovaloración de las mujeres negras. La autodefinición implica cuestionar las imágenes estereotípicas de las mujeres afro-americanas mientras la autovaloración enfatiza el contenido de las auto-definiciones. La insistencia en la autodefinición, la autovaloración y la necesidad de un análisis centrado en su experiencia es una forma de resistir a la deshumanización de los sistemas de dominación y a la devaluación de la subjetividad. La preocupación de las mujeres negras por crear sus propios estándares para evaluar la feminidad afro-americana y sus creaciones, concierne a un amplio rango de obras literarias y científicas. Un segundo aspecto de la crítica feminista negra es el interés por la naturaleza imbricada de la raza, el género y la opresión de clase. La experiencia de las mujeres negras en la intersección de múltiples

8 La expresión en inglés es “Outsider Within” (Hill Collins, 2003).

estructuras de dominación favorece una visión más clara de su propia subordinación ya que a diferencia de las mujeres blancas, no tienen la ilusión de que su blancura anule su subordinación como mujeres y a diferencia de los hombres negros, no pueden apelar a su condición de varones para neutralizar el estigma de ser negras. Barbara Smith afirma:

“El concepto de simultaneidad de la opresión es el *quid* de la comprensión que tiene el feminismo negro de la realidad política y ... es una de las contribuciones ideológicas más significativas del pensamiento feminista negro” (Hill Collins 2003:109).

Como lo expresa bellhooks, el pensamiento dualista es el “componente ideológico central de todos los sistemas de dominación en la sociedad occidental” (1984:29). Collins se refiere a “la construcción de una diferencia dicotómica de oposición” que clasifica a las personas en términos de diferencia entre unas y otras, diferencia que no es complementaria sino que supone jerarquía, dominación y subordinación. La relación entre la conciencia de la gente oprimida y las acciones que realizan para tratar con estructuras opresivas es más compleja de lo que propone la teoría social que presupone la existencia de un ajuste entre conciencia y actividad. Las experiencias de las mujeres negras sugieren que se conformaron a los roles prescritos hacia afuera, pero se opusieron a ellos de manera encubierta y desarrollaron una acción racional al respecto.

Collins propone una evaluación del significado sociológico del pensamiento feminista negro a partir de la combinación de ciertos paradigmas de la sociología con el estatus de “extranjeras de adentro”. Las sociólogas negras se someten a una socialización sociológica y buscan adquirir las habilidades internas de pensamiento y acción acordes con la visión de la disciplina, pero para ellas, convertirse en sociólogas “insiders” supone aceptar el punto de vista dominante en la disciplina, determinado por la posición hegemónica de los hombres blancos, el cual les devuelve una imagen auto-devaluante. Por esto, muchas de ellas se han apoyado en sus raíces en la cultura de autodefinition y autovaloración para asumir una postura crítica hacia la empresa sociológica en su totalidad, cuestionando las omisiones y distorsiones acerca de las mujeres afroamericanas en los paradigmas sociológicos y afirmando su condición de sujetos para la sociología:

“La respuesta de las investigadoras feministas negras ha sido, situar las voces de las mujeres negras en el centro del análisis, estudiar a las personas y así, reafirmar la subjetividad e intencionalidad humanas.” (Collins 2003:120).

Si bien es cierto que las mujeres negras no son las únicas forasteras adentro, sí son un caso extremo y su experiencia puede servir de ejemplo a otros ya que su posición las sensibiliza hacia patrones más difíciles de establecer para los *insiders*. La tensión generada por la posición de extranjeras adentro puede resolverse de distintas maneras: abandonando la sociología y adoptando plenamente una posición de *outsiders*, suprimiendo su diferencia y tratando de pensar como *insiders* o conservando la tensión creativa de su posición y promoviendo la institucionalización de su punto de vista... Collins defiende esta última posición ya que en el mejor de los casos, el estatus de *outsider within* ofrece a quienes lo detentan un poderoso balance entre las fortalezas de su entrenamiento sociológico y la riqueza de sus experiencias personales y culturales. (Collins 2003:122).

Para terminar ...

Como lo señalé en la presentación, los tres conjuntos de problemas y reflexiones que he abordado en esta conferencia, sólo constituyen un fragmento dentro del vasto y complejo campo de elaboración académica y política que los estudios de género y la crítica feminista protagonizan desde y con las ciencias sociales hace más de 50 años. He considerado enfoques que provienen, exclusivamente de academias y movimientos sociales que comparten el privilegio de situarse en países «centrales», es decir, dominantes en numerosos aspectos de la división internacional de todos los trabajos, a pesar de sus jerarquías y diferencias internas, tanto las «nacionales» como aquellas que remiten a las desigualdades de género, raza, clase y orientación sexual que los atraviesan y construyen. Como propuestas emergentes en su momento, algunas ya institucionalizadas en nichos universitarios, desafiaron creativamente los paradigmas dominantes y fueron a su vez desafiadas por nuevas críticas, como lo ilustra el caso del feminismo negro. Durante los últimos 20 años, han sido numerosos y significativos los aportes que las críticas provenientes de otras y otros agentes académicos, sociales y políticos –como las feministas latinoamericanas, asiáticas y africanas- ubicados en posiciones marginales en relación con las academias «centrales» han hecho a las teorías de la dominación y a sus implicaciones prácticas⁹. Espero haber mostrado que las interrogaciones y propuestas teóricas, políticas y metodológicas feministas no se limitan a hacer visible un continente enorme de las relaciones sociales que complementarían

9 Ver, entre otros, el libro, *Género, mujeres y saberes en América Latina*, que publicará próximamente la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia.

el inmenso continente explorado previamente por los varones que han dominado la disciplina sino que sus planteamientos conciernen, cuestionan y modifican el conjunto de las ciencias sociales y de sus paradigmas dominantes. Y enriquecen particularmente las teorías generales sobre la dominación como fenómeno social.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU PIERRE, *Science de la science et reflexivité, Raisons d'Agir*, Paris, 2001.

BUTLER JUDITH, "El marxismo y lo meramente cultural", *New Left Review*, No. 2, mayo-junio 2000, pp. 109-122.

BUTLER JUDITH, "Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault", en Seyla Benhabib y Drucila Cornell (compiladoras) *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, Ediciones Alfons el Magnánim, España, 1990, pp. 193-211.

COSER, LEWIS, "Georg Simmel's Neglected Contributions to the Sociology of Women", *Signs* 2, pp. 869-76.

DELPHY CHRISTINE, *L'Ennemi Principal. 2/ Penser le genre*, Editions Syllepse, Paris 2001.

GOETTING ANN y FENSTERMAKER SARAH (editors), *Individual Voices, Collective Visions: Fifty Years of Women in Sociology*, Temple University Press, Philadelphia, 1995.

GUILLAUMIN COLETTE, *Sexe, Race et Pratique du Pouvoir. L'idée de Nature*, Côté-femmes, Paris, 1992.

HALBAWCKS MAURICE, *On Collective Memory*. Trad. ed. Lewis Coser. Chicago: University of Chicago Press, 1992.

HARDING SANDRA (editor), *The Feminist Standpoint. Theory Reader. Intellectual & Political Controversies*, Routledge, 2004.

HARDING SANDRA, "Rethinking Standpoint Epistemology: What Is 'Strong Objectivity?'" en Sandra Harding (editor), *The Feminist Standpoint. Theory Reader. Intellectual & Political Controversies*, Routledge, 2004, pp. 127-140.

- COLLINS PATRICIA HILL, *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*, Routledge, 2000, 2nd édition (1a edición 1990).
- COLLINS PATRICIA HILL, “Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought”, en Sandra Harding (editor), *The Feminist Standpoint. Theory Reader. Intellectual & Political Controversies*, Routledge, 2004, pp. 103-126.
- LASLETT BARBARA y THORNE BARRIE (editors), *Feminist Sociology. Life histories of a movement*, Rutgers University Press, USA, 1997.
- LENGERMANN PATRICIA MADOO, NIEBRUGGE-BRANTLEY JILL, *The Women Founders. Sociology and social theory 1830-1930*, McGraw-Hill, USA, 1998.
- MARTINEAU HARRIET, *Society in America*, 2 vols., New York: Saunders and Otley, 1836/1837.
- Scott Joan Wallach, *Gender and the Politics of History*, revised edition, Columbia University Press, 1999, (1a edición 1988).
- SCHUTZ ALFRED, *The Phenomenology of the Social World*, Evanston, IL, Northwestern University Press, 1967.
- SCHUTZ ALFRED, *Collected Papers I: The problem of Social Reality*. The Hague: MartinusNijhoff, 1973.
- WEBER MARIANNE, *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung*. Tübingen: J. C. B. Mohr, 1907.
- WEBER MARIANNE, “Authority and Autonomy in Marriage”. En “Selections from Marianne Weber’s Reflections on Women and Women’s Issues”, traducción de Elizabeth Kirchen, pp. 2741. Manuscrito no publicado. Artículo originalmente publicado en *Frauenfragen und Frauen-gedanken*, pp. 67-79, Tübingen: J. C. B. Mohr, 1912/1919/1997. WITTIG MONIQUE, *La Penséestraight*, ÉditionsBalland, Paris, 2001.